



Doscientas mil personas respondieron al desafío. Algunas vinieron desde la selva, con las caras pintarrajeadas, los vestidos de colores chillones, sombreros de penca y aros de oro macizo en la nariz, para gritar hasta enronquecer "yankees go home", "yankees go home" o "gringo, lárgate a casa". Panamá hervía aquella mañana del pasado octubre casi tanto de fervor patriótico como de calisma tropical. Unas horas antes, los catorce mil soldados que ocupan la zona habían sido prudentemente acuartelados. Omar Torrijos, el vehemente general que desde hace tres años gobierna la República, lanzaba chispas por los ojos. Desde su tribuna, recubierta de terciopelo y enseñas nacionales, contemplaba a hurtadillas las hermosas colinas ajardinadas que rodean Balboa Heights, capital de la vergüenza histórica del país, con la desafiante silueta del "Administration Building" en el centro, coronado por la bandera norteamericana.

### LAS VIEJAS CASAS

—Estamos llegando al límite de nuestra paciencia... Entre el comienzo del problema y las exaltadas palabras del actual líder han transcurrido sesenta y ocho años. Fue el dieciocho de noviembre del año de Nuestro Señor mil novecientos tres cuando, confiados en las promesas, entusiasmados por la victoria, enardecidos por la independencia y abrumados por la responsabilidad, los muy ilustres señores miembros de la gloriosa Junta Revolucionaria que acababa de conseguir la soberanía en lucha contra el pequeño imperio de la Gran Colombia, estamparon, a través de su legal representante, una aparatosa rúbrica en la parte inferior izquierda del grueso pergamino con el texto calligráfico de la llamada «Convención del Canal Istmico», por la que el Gobierno provisional del joven Estado caribeño concedía al coloso del Norte, «a perpetuidad, el uso, ocupación y control de una zona de tierra cubierta por agua para la construcción, mantenimiento, funcionamiento, saneamiento y protección del canal, de diez millas de ancho...».

Una interminable hilera de viejas casuchas, donde viven en la promiscuidad más absoluta millares de negros, se extiende a lo largo de la calle los Mártires, flanqueada al otro lado por las púas de las altas alambradas que separan Panamá capital de la zona. La miseria, la suciedad y el abandono de un lado contrasta con la frondosidad de los árboles que crecen en frente, la limpieza de las avenidas que se abren hacia el Norte, la blancura de las modernas construcciones, el lujo lujurante de los automóviles aparcados, la asepsia del ambiente y la pulcritud con que cuidan el césped. El pequeño y sorprendente mundo que separa las dos mitades de Panamá se extiende desde el Pacífico al Atlántico, cinco millas al Norte y cinco millas al Sur, con un total de 1.678 kilómetros cuadrados y una población que fluctúa alrededor de los cincuenta mil habitantes, todos ellos ciudadanos estadounidenses.

### LA MISION DEL GOBERNADOR

Cada mañana, con asombrosa puntualidad, se detiene en es-

## PANAMA

# YANKIES GO HOME



Una serie de Diego Carcedo

che blindado ante la puerta principal del edificio central de administración. Seguido de su ayudante, siempre de paisa, el general gobernador de la zona sube de dos en dos los peldaños de las escaleras, penetra como una tromba en el despacho y directamente empieza a llamar a sus ministros. Apenas oídos los ruidos locales, rezumando a menudo animadversión hacia el jefe, no frecuenta reuniones de sociedad ni suele ser invitado a la alameda que cerca sus dominios. Vive en una residencia rodeada de servidores, con esplendidos automóviles a su disposición y sólo parece preocuparse de los minúsculos detalles relacionados con el bienestar en el territorio que le ha sido encomendado.

Casi nadie, en Panamá, muchas veces ni siquiera los propios panameños, conocen el nombre del gobernador zonita. Su poder, bargo, es enorme, tanto que hay quien asegura que tiene más influencia que el presidente de los Estados Unidos. Su recta con la Casa Blanca, la Secretaría de Estado y con el Departamento de Defensa, en Washington. Lo nombra el presidente de los Estados Unidos, pero el nombramiento lo ratifica el Senado, aunque al parecer la influencia de la compañía concesionaria del canal quien desde su omnipotencia sugiere la persona. Naturalmente, los vecinos de la zona, los panameños, no eligen a sus propias autoridades, en la tradición democrática que exhibe USA; segundo, carece de derecho a la propiedad privada en cuanto a bienes perdurables, tal oposición al sistema capitalista que Estados Unidos

### TODO DEL ESTADO

Washington no suele propagar que tiene bajo su férula un territorio sometido a un régimen socialista, medida encaminada a evitar que el ejemplo cunda. En la zona residen 35.000 militares y ni unos ni otros son propietarios ni lo son nunca de las casas que ocupan o los negocios que regentan. Las propiedades del Estado, hasta el extremo que incluso las establecidas utilizan los templos bajo un contrato de arrendamiento. Los establecimientos públicos son propiedad de la zona, con la excepción única y exclusiva de las entidades que disfrutan de un estatus especial.

Aunque en un momento determinado la zona quedaba cerrada, la entrada, salida y circulación por sus carreteras es libre para todo el mundo las veinticuatro horas. No existe control de pasaportes, pero una vez en el interior dan los lugares prohibidos. La Policía es inapreciable e interviene con gran facilidad. Cualquier panameño, al cruzar los límites de la ciudad para adelantarse en lo que considera su negocio, reduce la velocidad, se fija a la derecha y presta atención totalmente desatendida a las señales de tráfico. Algunos delincuentes comunes como los políticos que desgracia a raíz de uno de tantos golpes de Estado en la historia de Panamá, corren a buscar refugio provisionalmente, fuera de la jurisdicción de la Guardia Nacional, a las autoridades a recomendar amablemente, por el hecho de la extradición, la independencia de la manija.

### LAS DOS BANDERAS

Desde hace cinco y más años, después de los grandes debates que en enero de 1964 agitaron la vida y la conciencia de la bandera de Panamá en el lado de la bandera de la zona, —en expresión del presidente panameño— como símbolo de soberanía territorial y la otra como prueba de la jurisdicción y limitada. Desde el punto de vista legal, con los acuerdos en vigor, la presencia de la bandera panameña en algunos puntos de la zona apenas rebasa los límites de la concesión otorgada; la presencia de la bandera estadounidense en las miras del canal no responde a los derechos de jurisdicción temporal y limitada. La concesión a perpetuidad, y como consecuencia, el artículo 10 de la convención firmada en 1914, según todos los derechos, la autoridad que los Estados Unidos poseían y ejercían en la zona fueran soberanos del territorio, con entera exclusión de los derechos soberanos, poder o autoridad por parte de Panamá.

Cuando los Estados Unidos se hicieron cargo de la zona, a cambio de su deuda y de los cerros de la zona, se sesenta años, aquellos territorios podían considerarse más insalubres del continente. Había de moribundos y de terribles enfermedades de la zona. Los médicos y enfermeros prestaban servicios para tratar en las zonas, los considerados desde Nueva Orleans, donde había un hospital, como auténticos héroes. Viajaban con sus familias, con sus esposas y niños, y la zona se ha convertido en un lugar de neamiento llevada a cabo como un negocio. Los médicos han tenido un éxito parecido. Los de ser un lugar de estudio por los médicos, parientes de los médicos, los médicos, la zona ofrece a sus moradores una vida de vigilancia minuto a minuto por un batallón de voluntarios.

EL DESAFIO DE UNA ALAMBRADA: 200.000 PERSONAS EXIGEN TOTAL DESCOLONIZACION